

Oído atento a los pájaros
LUIS GOYTISOLO

Nuevos Tiempos *Siruela*



Edición en formato digital: marzo de 2016

En cubierta: Pájaro sobre rama de camelia (1847-1852),
de Utagawa Hiroshige

Diseño gráfico: Ediciones Siruela

© Luis Goytisolo

© Ediciones Siruela, S. A., 2016

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Ediciones Siruela, S. A.
c/ Almagro 25, ppal. dcha.
www.siruela.com

ISBN: 978-84-16749-18-8

Conversión a formato digital: María Beloso

Oído atento a los pájaros

I

Todo parecía alentarle, dar fe de su excelente forma física, de la fuerza mental que le poseía. El fluir ordenado del tráfico, el paso decidido y cómplice de los viandantes, propio del que cumple la función que le ha sido atribuida con la confianza de que los demás están haciendo lo mismo, el sol encajonado entre los altos edificios cargando de energía los contraluces en fuga, el avance sistemático de fulgores y centelleos: todo, todo ensamblándose como las piezas de un mecanismo del que él se sabía el centro.

La mayor parte de los transeúntes no daba muestras de reconocerle, cosa en cierto modo preferible, ya que suscitaba una reconfortante sensación de ir de incógnito, a salvo de la expectación que suele abrirse en torno a los famosos. A lo sumo, el mohín de frustración de alguno que con gusto se hubiera detenido a felicitarle. Si las mujeres acusaban una mayor reacción al cruzarse en su camino, se debía más bien a la satisfacción que produce gustar a alguien que nos gusta, esa sonrisa implícita con la que se alejaban en su altivez complacida, tiesas, el culo recogido, con ganas de volverse pero sin volverse, como a la espera de una simple señal. Estaba claro que le aguardaban toda clase de recompensas, que, por premios, hasta el de la lotería.

Era lógico que se sintiera eufórico, exaltado por la sensación de gozar de una visión global, o mejor, de una pre-visión o comprensión total de la realidad circundante, a la vez que de una permanente absorción de energía que otorgaba a sus gestos un poder sin límites. Se sabía capaz de escudriñar el interior de las personas con las que se cruzaba, de ver cuanto sucedía más allá de las fachadas de los edificios, de entender el porqué de todo aquel tráfico en el que se hallaba inmerso, de aplastarlo, si se terciaba, como se aplasta un reguero de hormigas. De ahí que, como ese paseante que chuta un balón que ha escapado al juego de unos niños en la plaza, se le ocurriera interceptar el autobús aquel de un puñetazo, propinarle un golpe tal que la energía generada se expandiera por el mundo entero. El momento más propicio era el del giro, cuando el autobús virase acelerando para doblar la esquina, y él, apostado en la acera, pudiera plantarse delante y golpearlo en pleno motor. Lo tenía tan claro que, al salir al encuentro del autobús, hasta le daba risa visualizar de antemano el choque, similar al de una sandía que cae de un séptimo piso al entrar en contacto con el suelo.

Cambio horario

Repitió exactamente lo hecho el día anterior al levantarse y recordar de pronto que estaba solo en casa: cantar *Extraños en la noche* mientras se duchaba y bailar después con la toalla de baño ante el espejo, admirado de lo convincente que resultaba. Se trataba de propiciar una jornada de trabajo como la de la víspera, encerrando en un paréntesis cuanto había sucedido a partir de la llamada de Iris. Nada preocupante pero sí perturbador, por lo que tenía de irrupción ajena a su voluntad, y Ramón no estaba dispuesto a tolerar interrupciones cuando se sentía en vena. Reconocía los indicios: un despertar cargado de energía que le impulsaba a prepararse un té y correr al estudio a tomar las primeras notas de un nuevo cuadro. Solo que la víspera, en lugar de ir al estudio, se había sentado ante el escritorio y había comenzado a redactar sus *Confesiones*, el libro de memorias al que llevaba tiempo dándole vueltas y más vueltas. Luego salió a pasear por el barrio, hizo cuatro diligencias, como hubiera dicho su padre, y ya de regreso, cuando se disponía a continuar escribiendo, la llamada de Iris montándole aquel número, y, tras esa llamada, su llamada a Carmen para esclarecer lo sucedido con Iris, sin otro resultado que el de embrollar aún más las cosas, y después su llamada a Elsa, todavía en Tokio, para ponerle al corriente de los acontecimientos, y su frustrada cita

con Iris, y los recuerdos y sugerencias a los que toda esa crisis dio lugar, y la lectura del relato de Elsa que venía publicado en el suplemento literario del periódico, y el cambio horario de primavera, con el que no contaba, para terminar de confundirle, un día que, de buenas a primeras, terminaba antes de lo previsto. Considerado retrospectivamente, aquel cúmulo de malentendidos y equívocos le divertía y hasta le resultaba estimulante, pero estaba decidido a situarlo entre paréntesis para enlazar directamente con el momento en que, tras cantar con voz susurrante *Extraños en la noche*, bailar con una toalla ante el espejo y prepararse una taza de té, se sentó a la mesa y, como dejando que la mano corriera por sí sola, dio comienzo a la redacción de sus *Confesiones*.

MIRALRÍO

«Diga lo que diga Freud, los hechos de la infancia que hemos relegado al olvido nunca nos habrán marcado tanto como los que recordamos a la perfección. Y no porque sean especialmente relevantes, sino porque, siendo incluso nimios en relación a su contexto, hieren al sujeto, al niño, de un modo acaso incomprensible para quienes le rodean, pero no por ello menos profundo. Así, en lo que a mí se refiere, el hecho oficialmente más traumático de mi infancia fue la muerte de mi madre, víctima de un estúpido atropello la antevíspera de mi cumpleaños; pero lo que subjetivamente más me afectó por aquel entonces fue la suspensión de la merienda prevista para celebrar mi noveno aniversario, a resultas de ese accidente.

»Se me dirá que tal reacción es la lógica en un niño de nueve años, pues a esa edad aún no se tiene una idea clara de lo que es la muerte; ésa es al menos la disculpa con la que habitualmente se pretende eximir al niño de toda responsabilidad. Solo que el eximente no se ajusta a los hechos; el niño tiene una idea clara desde muy pronto, al menos en lo esencial, de lo que es la muerte: desaparecer para siempre. Como máximo cabe admitir que, más que dominado por un sentimiento de frustración o desaire puro y simple a causa de la fiesta cancelada, pudiera haberme sentido yo profundamente afectado por su muerte, sí, solo que no tanto por la muerte en sí cuanto por haberse producido ese día, por no haberse andado mi madre con más cuidado cuando estaba en juego la celebración de mi cumpleaños.

»¿Me hubiera sentido menos contrariado de haber sido mi padre en lugar de mi madre la víctima de aquel autobús cuyo conductor perdió tan tontamente el control de la dirección? Sin duda, no ya porque me pareciera más propio de él ser víctima de un accidente fortuito, sino sobre todo porque, en la medida en que su actitud hacia mí era mucho más tolerante, en que siempre parecía dispuesto a acoger con alborozo mis iniciativas, la relación entre ambos era mucho más superficial. Mi madre, en cambio, parecía saber en todo momento lo que yo andaba pensando. Y yo tenía la impresión de que quien mandaba en casa era ella. Incluso la decisión de no ir a Miralrío aquel verano porque allí mi padre hubiera corrido peligro era algo que yo le atribuía enteramente a ella.

»Que yo recordara, mi cumpleaños se había celebrado siempre en Miralrío, Mirlario, como yo lo llamaba, y el hecho de que aquel año la fiesta se hubiera suspendido era una frustración añadida a la frustración que en sí mis-

mo suponía el hecho de habernos quedado en la ciudad, de no haber ido como cada verano a Miralrío. En Miralrío mi vida cambiaba por completo, y el estímulo de que cuando llegara el verano íbamos a volver me mantenía en creciente estado de excitación según se acercaba la fecha.

Se ve que al irnos para allá a comienzos del verano, cuando el nombre del pueblo aparecía en un cartel a un lado de la carretera, como estaba aprendiendo a leer, yo leía Mirlario, y, al hacerles gracia, todos terminaron por llamarlo así. El próximo fin de semana iremos a Mirlario, decían por ejemplo. Salvo aquel año, que nos quedamos en la ciudad porque estábamos en guerra. Pero aquí también estamos en guerra, decía yo. Y mi madre: Sí, pero allí tu padre corre peligro y aquí no. De ahí que aquel 29 de agosto nos pillara en la ciudad, cuando lo normal habría sido que hubiéramos estado en Mirlario».

Lo había escrito de un tirón, y, tras releerlo, decidió tomarse un respiro. Más tarde lo pasaría a limpio. O mañana.

Periodista, historiador o arqueólogo

La sala del Fomento se fue animando según atardecía y, mientras en la barra subía el tono de las conversaciones, en alguna mesa empezaron a sonar las fichas de dominó contra el mármol.

—Mire, este que entra ahora podrá contarle cosas —dijo su interlocutor.

Llamó con la mano a un hombre empaquetado en una gruesa zamarra que se aproximaba conversando alegremente con otros dos. ¡Tú que fuiste movilizado!, dijo casi a gritos su interlocutor, como si el otro se hallase más lejos de lo que se hallaba. Este joven pregunta por lo que pasó cuando la guerra. Los recién llegados se detuvieron junto a la mesa, el de la zamarra perdiendo paulatinamente la sonrisa, como desorientado.

—¿La guerra? —dijo. Se había puesto serio, sus rasgos flojos súbitamente alterados, como si un soplo de aire los hubiera modificado igual que modifica la superficie del agua o la disposición de las hojas secas caídas al suelo—. Aquello fue terrible —dijo, los ojos progresivamente cargados, a punto de verse humedecidos—. ¡Tanta muerte! ¡Tanto dolor! Y todo para nada. Las cosas siguieron igual o peor.

—¡Y tanto que peor! —dijo uno de sus acompañantes—. Miralrío no ha vuelto a levantar cabeza.

—Ya lo ve, aún siguen apareciendo cadáveres en las cunetas. ¡Y los que han de aparecer! ¡Cuánta destrucción! ¡Cuánto sacrificio inútil! Y los ricos siguen siendo ricos, y los pobres, pobres.

—Y el pueblo, para abajo.

—Los cultivos, abandonados —dijo el tercero, hasta entonces en silencio—. Ya no hay quien recoja las castañas.

—¿Y los veraneantes? Desde entonces no han vuelto. ¿Quiere usted comprar un chalet de los de antes, una buena casa con un buen jardín? Encontrará los que quiera.

—El joven está de paso —dijo su interlocutor—. Es periodista, o historiador, o arqueólogo.

—Pues créame que hay mucho que investigar —dijo el de la zamarra—. Los muertos. Los desaparecidos. ¡Son tantas las cosas que hay que sacar a la luz!

Al darse la vuelta, reclamado por los de otra mesa, dejó al descubierto una oreja como roída, reducida a una pequeña protuberancia irregular. Cuando se hubo ido, le aclararon que lo de la oreja no se lo hizo en la guerra, sino antes, de niño, cuando participaba en la matanza de un cerdo al que le dio por revolverse.

En la mesa vecina, sentado a solas, un campesino de edad imprecisa escuchaba atentamente lo que hablaban sin el menor disimulo. Los demás, al referirse a él, le llamaban el Millán. Parecía salido de un anuncio de tractores, como sentado al volante, la visera apuntando al cielo, el perfil destacado ante una luminosa extensión de tierra roturada. Les miraba con las cejas enarcadas, los ojos jubilosos y la boca entreabierta, a la espera, se diría, de alguna salida ocurrente. Aprovechando que su interlocutor se había levantado para comentar algo con los

de la barra, se inclinó hacia él como tendiendo un puente entre mesa y mesa.

—No les haga caso —dijo—. Los muertos lo fueron más por accidente que por otra cosa. Aquí no pasó nada o casi nada. Ni revolución, ni guerra, ni más muertes durante todo ese tiempo que las que se producen cada fin de semana cuando los jóvenes se juntan para ir de fiesta. Fue como una nube que oculta el sol por un momento. Eso sí: el pueblo nunca volvió a ser el de antes.

Cambio horario

Al salir de la papelería, nada más doblar la esquina, Ramón se encontró con que había un músico ambulante tocando para quienes, agolpados como forzados rehenes, se prestaban a cruzar la calle al pie de un semáforo. Ramón se tapó ostensiblemente los oídos y, en vez de pararse a esperar, siguió caminando hasta el semáforo siguiente. Pero aquel cenizo ya le había estropeado el paseo y, como si además le hubiera traído mala suerte, en el banco se encontró con que le aguardaba una cola tan fuera de lo común que estuvo a punto de dejarlo para mejor ocasión. Sin embargo, optó por tomarse las cosas con calma y entretenerse observando a la gente, mientras la cola se iba reduciendo poco a poco sin crecer en cambio a su espalda, como si los demás se hubieran puesto de acuerdo en llegar justo antes que él.

Todo un panorama. La celestina ojerosa, ataviada en morados, que aporta los ingresos producidos por su lupanar. El sastre, o persona de similar oficio antiguo, percha él mismo de la ropa que lleva puesta, al que el cajero automático se le ha tragado la tarjeta, por lo que pide ayuda a uno de los oficinistas, un bulto atocinado que, condescendiente con un ser de tan escasa relevancia, le atiende como quien atiende a un niño. El chapero recién despierto que en sus miradas de soslayo lleva escrita su total disponibilidad, su buena disposición a realizar cual-

quier clase de canallada siempre que haya dinero alegre por delante. La dependienta movediza de algún comercio de productos ecológicos en busca de una moneda pequeña que le facilite el cambio. La pareja de pedorros arrebuados en sus abrigos, él, de pelo de camello, ella, de pieles, que son obsequiosamente recibidos por el director de la agencia a la puerta de su despacho, donde intercambian gozosos cumplidos que dejarán de oírse en cuanto la puerta se cierre a sus espaldas, gente proclive a la suculencia —causa a la vez que efecto de su notoria solvencia económica— antes que a cualquier otra forma de respetabilidad, dignidad o confort. Algunos de sus clientes eran así, pensó Ramón. Gente que apreciaba sus cuadros porque los sabía apreciados, como la cualidad envolvente de las pieles o la del cuero de las butacas o el olor a madera encerada de los despachos, de los buenos negocios. De ahí que antes de comprar, los escudriñaran con severidad, casi con cólera.

Se acordó del primer relato publicado por Elsa cuando él ni siquiera sospechaba que Elsa escribiera, que viniese haciéndolo casi desde que era niña. Un relato breve, escrito en el estilo conciso propio de un informe o una crónica. Se titulaba «Hijo único» o algo así, y narraba las decisiones adoptadas por el heredero de un pequeño imperio industrial a partir del momento en que se hizo cargo del mando, tras volver con un máster de Massachusetts. Para empezar, el producto elaborado por la empresa, un producto cuya naturaleza no se especificaba, ¿por qué había de tener tanta calidad? Restándosela moderadamente, las ganancias serían mayores. Los proveedores también podían rebajar precios si querían seguir siendo sus proveedores, y los distribuidores, reducir su comisión si querían seguir siendo sus distribuidores. Una adecuada regulación de plantilla, con incremento de la produc-